

La perspectiva del desarraigo y la otra cara de la integración

Jorge Durand¹

Introducción

Tradicionalmente, en la antropología latinoamericana se definía al campesino por su “arraigo a la tierra”. Pero en muchos países la tierra perdió su valor, al igual que los productos tradicionales, incluso la tecnología agrícola moderna no requiere de grandes extensiones de tierra. Los campesinos e indígenas eran pobres, pero no emigraban, se aferraban al terruño que les daba para sobrevivir, pero la globalización y el modelo económico neoliberal los impactó profundamente y se ha desatado la migración.

Para el poblador urbano de América Latina, muchos de los cuales o sus familiares fueron migrantes internos, el barrio, las calles, la ciudad tenían sentido, con el tiempo habían sido apropiados y queridos, se habían urbanizado después de largas luchas por la regu-

1 Profesor e investigador de la Universidad de Guadalajara, co-director del Mexican Migration Project (desde 1987) y del Latin American Migration Project (desde 1996), auspiciados por las universidades de Princeton y Guadalajara. Es miembro de la American Philosophical Society, la National Academy of Sciences y la American Academy of Arts and Sciences. En 2018 recibió el Premio Bronislaw Malinowski de la Society for Applied Anthropology. A lo largo de su carrera ha investigado temáticas vinculadas con movimientos sociales y trabajadores campesinos y urbanos, con un enfoque en los procesos de migración internacional, tanto en México como en América Central. Sus aproximaciones a estas temáticas han estado basadas en una perspectiva antropológica e histórica. Además, contribuyó a la creación de una extensa base de datos sobre migración mexicana y latinoamericana en el Mexico Migration Project.

larización de la propiedad y los servicios. Pero en muchos casos ya no es así, la droga, la violencia, el desempleo, la delincuencia, las pandillas han cambiado el entorno y cuando no puedes transitar, cuando no hay confianza en el vecino, ni en el juez, ni en la policía, cuando la violencia campea en las calles se rompe la relación con el medio, el entorno, el vecino y da pie a la huida, al “sálvese quien pueda”, como sucede en San Pedro Sula, Honduras.

Cuando las condiciones políticas se convierten en opresivas y represivas, las elecciones supuestamente democráticas son fraudulentas y a esto se le añaden crisis económica, devaluación, inflación y desabastecimiento, la opción por el asilo, el refugio o la huida se convierte en realidad para los venezolanos.

Cuando en un país pobre se ensaña la naturaleza con largas sequías, terremotos destructivos o huracanes devastadores y se pierde la cosecha, colapsa la vivienda y no queda rastro de la poca infraestructura que existía, la opción migratoria se convierte en la única salida, como pasó en Haití.

Cuando a la pobreza del siglo XXI, una pobreza neoliberal que oferta y exige niveles inadmisibles de consumo con salarios misérrimos, se le suma la violencia política y social, la inseguridad cotidiana y la impunidad de las instituciones públicas y privadas, las condiciones están dadas para generarse un caldo de cultivo propicio para la emigración. Una emigración masiva, de distintos sectores sociales, como los que vemos hoy en día en varios países y contextos latinoamericanos.

La triada *pobreza neoliberal, violencia sistémica e impunidad institucional* cuestiona y matiza la tradicional causa atribuida a las migraciones económicas que pretendían mejorar las condiciones de vida del migrante y su familia. En la actualidad, muchos migrantes se ven excluidos, se sienten forzados a salir del terruño, del barrio, del país donde querían y podían vivir; porque las condiciones prevalentes no se lo permiten. Cuando ya nada te arraiga, la migración se

convierte en una opción razonable, en una posibilidad plausible, en una necesidad imperiosa.

El desarraigo resume un cúmulo de circunstancias y rupturas cotidianas en el lugar de origen, que llevan a la expatriación, pero también el desarraigo acompaña al migrante en un tránsito cada vez más complejo, largo y peligroso; en un asentamiento donde la integración se hace cuesta arriba, donde muchas veces campea la xenofobia, el racismo y el supremacismo; donde las políticas migratorias impiden la integración y favorecen el desarraigo; donde, finalmente, la deportación siempre latente, fomenta el miedo y la desconfianza y, en caso de darse, vuelve a desarraigar al migrante de su familia y su medio social y comunitario, de su centro laboral, para regresarlo a un país de origen, donde siente que ya no conoce, ni tiene cabida.

El desarraigo, una vieja historia

La historia nos remite a muchos ejemplos con algunos elementos y rasgos similares a los desarraigados del siglo XXI. Es el caso de los migrantes mexicanos de fines del siglo XIX a quienes se llamaba trabajadores “cobija al hombro”, que deambulaban por los caminos cargando sus pocas pertenencias. Personas desarraigadas a las que perseguían las leyes en contra de la vagancia. Eran trashumantes que trabajaban unas semanas o meses y luego enfilaban a otros rumbos. Eran trabajadores temporales que iban de cosecha en cosecha o de fábrica en fábrica (Durand, 1986). Hoy en día hay migrantes temporales que ya no regresan a su lugar de origen, ni se arraigan en ningún lugar, siguen caminando al ritmo de las cosechas y los diferentes empleos, sin anclar raíces.

En Estados Unidos, a comienzos del siglo XX, había grupos de trabajadores trashumantes a los que les llamaban *hobos*, hombres que trabajaban para vivir, para cubrir el mínimo de la subsistencia inmediata y no vivían para trabajar. En Chicago habían conquistado un espacio donde podían acampar y recluirse después de sus viajes y correrías, pero no se mezclaban, ni socializaban con nadie, solo entre

ellos. Como si fuera una cofradía de desarraigados de diferentes naciones, distintos orígenes, pero que habían optado por un estilo de vida en los márgenes del sistema, en las orillas de las ciudades. Los *hobos* se multiplicaron después de la guerra civil y luego durante la gran recesión (Arias & Durand, 2008; Anderson, 1998).

En cierto modo son los *boat people* de Myanmar (Bangladesh) y otros países que navegaban en mar abierto en barcazas hacinadas de gente y a quienes se les niega la entrada, el refugio. Se lanzan a la mar, huyendo de la miseria, la guerra y la violencia; una combinación letal que es capaz de avivar la osadía de asumir riesgos y peligros extremos, donde la posibilidad de morir, es mejor alternativa que la de quedarse.

Son los miles de migrantes africanos que se aferran a la esperanza de llegar a Europa y ponen todos sus ahorros y su vida en manos de los traficantes. Pareciera que los esclavistas en el siglo XVII cuidaban mejor su mercancía y no se arriesgaban a perderla. No es lo mismo con estos traficantes del siglo XXI, que no tienen casi nada que perder, si se hunde la lancha, la patera o el barco, el costo ya ha sido diez veces amortizado. Son migrantes dispuestos a correr cualquier riesgo con tal de salir de su lugar de origen y condición.

Son también, en cierto modo, los balseros cubanos, que dejaban todo para subirse a unas llantas mal parchadas con la esperanza de cruzar el estrecho de la Florida y llegar al ansiado “paraíso”, que estaba a la vuelta de la esquina. Eran hombres y mujeres que atendían el grito desesperado de “sálvese quien pueda”, que abandonaban a la esposa y a los hijos, con la esperanza de salvarse, no de la miseria y la violencia, sino de la carencia de futuro.

El exilio es quizá la forma clásica del desarraigo, donde la persona se ve obligada a abandonar su país, propiamente es arrancada, expulsada, desarraigada de lo que más quiere y sus perspectivas de retorno son muy lejanas, por eso los españoles refugiados en México, preferían llamarse “trasterrados”.

La pobreza extrema en países como El Salvador, Guatemala y Honduras no cuenta con paliativos de política social, como sería el caso de México, tampoco con buena o regular infraestructura de educación, salud y otros servicios. Por otra parte, en esta región la pobreza y las carencias se acrecentaron todavía más con las guerras civiles y las catástrofes naturales, como terremotos, huracanes y sequías. En el Salvador hubo dos terremotos que devastaron el país, por lo que el Gobierno de Estados Unidos concedió el estatus de protección temporal (TPS), a 250 000 salvadoreños anteriormente otro tanto había accedido al mismo programa como consecuencia de la guerra civil en 1990 (Gaborit *et al.*, 2017). En el caso de Honduras, con la devastación del huracán Mitch, en diciembre de 1998, se otorgaron 67 000 estatus protegidos, en el caso de Haití, después del terremoto de 2010, fueron 93 500 (Warren & Kerwin, 2017).

En el caso de los migrantes centroamericanos con estatus TPS, que llevan más de veinte años viviendo en Estados Unidos, su situación sigue siendo precaria, temporal y sujeta a amenazas, como las del presidente Trump en 2017, que pretendía suprimirlas alegando que las condiciones que las generaron ya no existen en esos países.

La vieja metáfora de “quemar las naves” y romper todo vínculo con el país y lugar de origen cobra nuevo sentido en el siglo XXI, pero suele ser un proceso lento y diferente, que empieza cuando se tiende a negar, esconder o camuflar el lugar de origen y la identidad. En el caso de muchos migrantes extra continentales se ha constatado la tendencia a viajar sin pasaporte: “Frank viaja sin pasaporte porque, según él, viajar con pasaporte es muy peligroso, porque si te detienen y tienes pasaporte te mandan de vuelta [a África]” (Freire, 2013, p. 16). En el caso de los migrantes haitianos que llegaron a México en 2016, procedentes de Brasil, muchos decían que eran de origen congolés, al hablar en francés o creole, con las autoridades, con la esperanza de obtener protección para acceder a refugio (Días de Jesús, 2019).

Los migrantes tienden a utilizar su etnicidad, lengua o fenotipo de acuerdo a distintos contextos y situaciones. Los centroamericanos

tienden a mimetizarse con los mexicanos para no ser detenidos durante el tránsito o para no ser deportados a su país de origen. Los brasileños se integran a diferentes grupos étnicos, en el sistema clasificatorio racial norteamericano, de acuerdo con su fenotipo y condición social, incluso algunos prefieren ser identificados como negros, porque ser equiparados como latinos acarrea el estigma de ser indocumentados (Marrow, 2003; Beserra, 2005; Cebulko, 2018). Los peruanos de origen japonés que recuperan la nacionalidad de su padres o ancestros y luego emigran a Estados Unidos, se integran como latinos (peruanos) en Nueva York, pero los que van a California prefieren ser identificados como asiáticos, lo que les otorga mayor prestigio y oportunidades (Takenaka, 1999). El migrante utiliza, mimetiza o enfatiza su capital étnico de acuerdo a los diferentes contextos y circunstancias, pero en la mayoría de los casos niega, cambia o matiza su propia identidad (Durand, 2011). Y esta es otra forma de desarraigo, la de negar su propia identidad, una forma de alienación, una pérdida de la identidad y de la pertenencia a un colectivo; un proceso donde el individuo se convierte en alguien ajeno a sí mismo.

Por otra parte, muchos migrantes irregulares, en especial mexicanos y centroamericanos, utilizan números de seguridad social legítimos (SSN), ya sea prestados, alquilados, comprados o de difuntos. Y durante años o décadas tienen que utilizar otro nombre y apellido. Todas estas adecuaciones a la identidad del migrante tienden a ocultar, negar o disimular el origen familiar, nacional y étnico de una persona.

En el contexto de la migración a Estados Unidos, lo que no excluye a otros países de destino, la política migratoria disuasiva y de desgaste con respecto a la migración irregular, provocó el efecto contrario y generó el alargamiento de la estancia y el no retorno (Massey *et al.*, 2002). De acuerdo con el Pew Hispanic Center, cerca del 70 % de los migrantes irregulares tiene más de 15 años viviendo en Estados Unidos (Pasell *et al.*, 2012). Y dado que son irregulares la inmensa mayoría no ha podido regresar a su lugar o país de origen. Sin duda los años y la imposibilidad de volver son un elemento más que

contribuye al desarraigo. En realidad, a un doble desarraigo, cada vez más desconectados de su país de origen e imposibilitados de integrarse al país de destino por ser considerados irregulares.

El migrante regular, con documentos, si bien no acarrea una historia de huida o escape de su país de origen, también toma distancia, pierde contactos y debilita sus relaciones. Es el caso del migrante que lleva años en el extranjero y se siente ajeno, desubicado, desconectado de su país de origen. Ya no tiene los reflejos culturales a punto, ni la información suficiente como para emprender un retorno exitoso. Es el típico personaje que no es de aquí ni de allá.

Figura 1

Esperando la oportunidad de cruzar la frontera



En las últimas décadas se ha enfatizado la perspectiva del transnacionalismo, que prioriza los vínculos con el lugar de origen, que no necesariamente se pierden en el proceso de integración y asimilación en el país de acogida y, ciertamente, muchos migrantes pueden considerarse como transnacionales (Lewitt, 2010; Glick Schiller, 1999). Según

Alejandro Portes (2003), la investigación empírica reporta que aproximadamente un 11 % de la muestra analizada tendría indicadores que podrían calificar a ese grupo como transnacionales. ¿Qué pasa con el otro 89 %? En realidad, no hay estados o tipos puros, hay muchos tipos de transnacionalismo, como también señalan Portes *et al.* (1999) y muchas otras personas migrantes que no son ni se consideran transnacionales y que tampoco pueden considerarse como integrados o asimilados. En una misma familia pueden vivir, migrantes legales, irregulares y ciudadanos, cada uno con sentimientos diferentes con respecto al lugar de origen y destino y con posibilidades de integrarse de manera diferente.

En realidad, la política migratoria norteamericana, que podemos calificar de “tolerancia interesada” permite que once millones de personas vivan y trabajen en Estados Unidos de manera irregular. Ni se los regulariza, ni se los deporta. Incluso el presidente más antiinmigrante de la historia, Donald Trump (2017-2021), se despreocupó muy pronto de su promesa electoral de deportar a diez millones de “ilegales”. La bonanza económica durante esos años requería de mano de obra barata.

Es precisamente esta política migratoria la que fomenta el desarraigo del migrante con respecto a su lugar de origen, porque le impide retornar al migrante irregular, a su vez impide que se arraigue en el lugar de destino, porque siempre está pendiente su condición legal, lo que lo obliga a vivir y trabajar en las sombras. La política migratoria norteamericana definida en primer momento como disuasiva (*deterrence*), se transformó en una política de desgaste (*attrition*) al desviar las rutas a zonas peligrosas, incrementar las penas y criminalizar al migrante irregular (Feldmann & Durand, 2008). Por otra parte, esta misma política migratoria provocó que las familias separadas buscaran de manera desesperada la reunificación familiar y provocó la migración masiva de niños y jóvenes que querían reunirse con sus padres y que finalmente tendrían derecho a ingresar y plantear su caso en las cortes (Luiselli, 2017; Lorenzen, 2017).

Algo similar sucede con los cerca de 300 000 migrantes salvadoreños y hondureños con TPS y los 700 000 jóvenes llamados DREAMers o DACAS, que llevan décadas viviendo y trabajando en Estados Unidos, pero sin tener un camino abierto a la regularización y menos aún a la ciudadanía. Si bien estos casos tienen un cierto nivel de protección temporal, su condición migratoria queda pendiente y viven en la cuerda floja y en un permanente desgaste emocional (Warren & Kerwin, 2017; Fathali, 2013).

En el caso de los DREAMers es notable el desarraigo con respecto a su lugar de origen, incluso en algunos casos hay un desconocimiento con respecto a su nacionalidad (sus padres la ocultan), algunos ni si quiera conservan la lengua materna y sucede algo similar con los niños con estatus temporal protegido (cerca de 60 000). La literatura en este campo enfatiza el lado positivo: un alto grado de socialización, completo dominio del idioma e integración cultural, pero en realidad hay un menor grado de participación en escolaridad, especialmente universitaria y limitaciones para acceder al mercado laboral.

No obstante, la realidad suele ser cruel y la marca del origen nacional es indeleble, asunto que la burocracia tarde o temprano se encarga de recordar. En ese sentido resulta muy compleja la atención a estos migrantes cuando son deportados a su lugar de origen. La atención y recuperación psicológica de estos migrantes que se ven obligados a negar o renegar de su identidad original es un proceso doloroso y complejo.

Quizá el ejemplo más terrible y oprobioso de una política migratoria que fomenta y provoca el desarraigo ha sido la de separación de familias que llevaban años y décadas viviendo y trabajando en Estados Unidos, y muchas de estas familias tienen hijos que son ciudadanos americanos. Al deportar a los padres se deporta de manera forzada a los hijos. Peor aún, es el caso de la separación forzada de las familias de migrantes que solicitan asilo en la época de Donald Trump. Son varios cientos de niños que fueron desarraigados del seno familiar, de

manera totalmente ilegal e injusta y sin cuidar estándares mínimos para poder identificar a los niños y localizarlos (Hagan *et al.*, 2008).

Los migrantes desarraigados del siglo XXI, los expulsados de su tierra, los que huyen de su país, son una parte relevante en el universo general de los flujos migratorios, pero también son la imagen viva del desamparo y de la vulnerabilidad extrema. Y son la imagen global y mediática de los migrantes del siglo XXI que viajan en el lomo del tren, navegan en pateras o marchan en caravanas. Y por ello mismo se han hecho visibles y los puedes ver en las calles de las ciudades por las que transitan pidiendo limosna para seguir su camino. En entrevistas callejeras con estos migrantes se puede constatar que carecen de información sobre el momento y la coyuntura fronteriza, que no tienen precisa la ruta, solo van al norte, dicen que a trabajar.

Muchos migrantes de diferentes nacionalidades y en diferentes rutas migratorias presentan muchos elementos y rasgos de desarraigo. Es una perspectiva de análisis que considero que ha sido descuidada y que quedó relegada a los casos individuales de fracasos, que siempre existieron, pero que hoy en día se han generalizado. Se requiere de una perspectiva que considere al emigrante y al inmigrante, el pasado del que viene y el presente que vive. Hay que vincular el pasado colonial con la inmigración actual, como diría Sayad (2018), y en nuestro caso, vincular a las viejas colonias ibéricas, las repúblicas bananeras, a lo que se ha llamado el patio trasero del imperialismo norteamericano en la región, con los flujos migratorios actuales, flujos formados por personas depredadas y alienadas históricamente.

Hay que romper con la percepción clásica que considera por separado la emigración y la inmigración, como también diría Sayad (2018), y replantear que el esquema de dominación del pasado se repite en el lugar de destino, con la exclusión laboral del migrante, con una integración “educativa” totalmente deficiente en el caso de la segunda generación, con la segregación residencial y con la exclusión que implica muchas veces la condición migratoria irregular o en trá-

mite perpetuo para los que tienen TPS o aspiran a la regularización como los DREAMers.

Por muchos años privilegiamos el estudio y el análisis de los migrantes exitosos, una saga que nos encandilaba; nos llamaba la atención la habilidad del migrante para burlar los controles fronterizos, nos dedicamos a sumar y sumar los miles de millones de dólares que generaban los migrantes con sus remesas y a analizar en detalle las múltiples ramas de la industria de la migración, el éxito del mercado nostálgico, la capacidad para incidir en las economías de los países de origen y destino. Nos llamó la atención la inmediatez de la comunicación entre los migrantes y sus familias, por medio del teléfono celular, Skype u otras plataformas. Privilegiamos la rapidez e inmediatez de la tecnología a la calidez y sencillez de un abrazo.

El lado oscuro siempre existió, pero la misma narrativa del migrante se encargó de esconder y camuflar la realidad y por añadidura, como investigadores, aceptamos su interpretación como válida y unívoca. Obviamente, hay muchas excepciones, entre ellas las entrevistas de Macrina Cárdenas (Cárdenas & Alarcón, 2017) a migrantes deportados en Tijuana muestran en toda su crudeza las historias de múltiples fracasos, frustraciones y desengaños en las trayectorias migratorias. Otro ejemplo serían las historias que cuentan los propios migrantes en retablos (exvotos) que ponen en las iglesias mexicanas, que han sido recogidos por Durand y Massey (1995) y que aportan la versión de la nostalgia, el desamparo, la angustia, el miedo y la desesperación del migrante, y que se sinceran ante un Cristo o una Virgen para agradecer por un favor recibido.

El aporte de Joseba Achotegui (2018) y su interpretación del duelo migrante, en un doble sentido —como reto y como pérdida— es, sin duda, un gran paso en la interpretación de los sueños y pesadillas migrantes, que muchas veces se logran alcanzar o superar, precisamente por las cualidades de su “inteligencia migratoria”. Pero si observamos la fase final, después del duelo, superada la nostalgia, la lejanía, la separación, no necesariamente se logra una integración

armónica, menos aun cuando los recursos del migrante en cuanto a capital humano, social, económico y cultural son escasos. De ahí que permanezca el síndrome de Ulises como un rasgo crónico en muchos migrantes (Achotegui, 2008).

La literatura migratoria universal da cuenta de muchos ejemplos. Abdelmalek Sayad (2018) nos recuerda al migrante del Magreb en Francia, que trabaja en la limpieza en una gran factoría y que tiene por su mejor amigo la escoba, con la cual habla y se acompaña todos los días. O los migrantes congoleños, los llamados *sapeur* de S. A. P. E. (Société des Ambianceurs et des Personnes Élégante) que regresan con sus mejores galas parisinas, de ropa barata y estridente, a lucir sus ropajes en el bar del pueblo, sintiéndose totalmente transformados y al mismo tiempo sabiendo que esa elegancia es pura ficción, que pretende ser la antítesis de la elegancia de los ropajes nativos y, más bien, reinterpretan la vestimenta del colonizador. Ese mismo *sapeur* que se pasea por el pueblo, completamente transformado y que incita a sus paisanos a la emigración, sabe que tendrá que regresar a uno de los proyectos de la *banlieu* parisina a ponerse el overol, es un hombre “elegante” en su pueblo y un inmigrante pobre en París (Mediavilla & Mabanckou, 2013).

Es la dramática constatación que hacen Telles y Ortiz al replicar la investigación clásica de Grebler, Moore y Guzmán: “The mexican american people”, de 1960, cincuenta años después y constatar que casi no hay cambios que la mayoría de los entrevistados que estos siguen viviendo bastante mal en los viejos barrios mexicanos de Los Ángeles y San Antonio. Y eso no va a cambiar hasta que reciban “la misma cantidad y calidad de educación que reciben los blancos” (Telles & Ortiz, 2011).

Los migrantes del siglo XXI

Durante las últimas décadas del siglo XX tuvo lugar la gran migración latinoamericana hacia Estados Unidos y en menor medida a Europa, particularmente España. A finales del siglo XX, el ritmo de crecimiento de los flujos se duplicaba y triplicaba decenalmente (1970-

1980-1990), pero empezaron a decrecer de manera significativa con el cambio de siglo, especialmente en el caso de México (Passel *et al.*, 2012; Durand, 2016).

No obstante, durante el siglo XXI se dieron emigraciones masivas y explosivas, como en los casos de Venezuela y Honduras, en ambos casos con factores políticos relevantes, pero también se inauguraron modalidades migratorias diferentes como los migrantes centroamericanos que viajaban en el lomo de los trenes de carga, llamado La Bestia; las caravanas masivas y mediáticas de migrantes centroamericanos; el cambio de la migración laboral clandestina a la migración familiar y de menores no acompañados solicitantes de refugio, la corriente migratoria continental, itinerante y masiva de migrantes haitianos (Gandini *et al.*, 2020; Gandini, 2019; Días de Jesús, 2019).

Por su parte, en los países receptores se endurecían las medidas de control y represión, llegando al límite de militarizar la frontera, construir e incrementar los muros, multiplicar las penas y castigos, promover leyes antinmigrantes, dilatar de manera indefinida reformas migratorias, utilizar el tema migratorio y la xenofobia como argumento fundamental de campañas políticas, utilizar la presión, el chantaje y los acuerdos de un tercer país seguro o su equivalente (como el programa Quédate en México, que devuelve a solicitantes de asilo).

El migrante del siglo XX, por lo general, tenía algunos recursos económicos, cierto capital humano y capital social que le permitiera en primer lugar ahorrar, conseguir ayuda o endeudarse para viajar, además tenía contactos, sabía a dónde llegar para empezar a trabajar, también disponía de ciertas habilidades o aprendizajes que le permitirían desempeñarse inicialmente y eventualmente prosperar. Es el migrante legal que piensa siempre en el retorno y que con el tiempo difiere el retorno definitivo y solo regresa de vacaciones. Es el tipo de migrante que ha sido tan ponderado por los transnacionalistas, que no rompe sus vínculos con el lugar de origen, mantiene vivos sus contactos y envía dinero a su familia, con lo cual se ve recompensado con solidaridad y prestigio (Glick-Shiller, 1999). Sin embargo, los

más pobres del mundo no migraban, estaban tan preocupados por la subsistencia que no podían pensar en una alternativa más allá de su localidad, sus necesidades y carencias inmediatas.

No obstante, a principios del siglo XXI vemos incorporarse al flujo migratorio que se dirige hacia Estados Unidos, un tipo de persona migrante diferente. Son los que cabalgan en el lomo de La Bestia, en el techo de los trenes de carga, no son propiamente migrantes económicos que salen en busca de mejores oportunidades. Tampoco se les puede calificar propiamente de desplazados, porque ese término suele utilizarse para quienes abandonan su lugar de origen por la violencia y buscan un lugar donde vivir en el propio país. Tampoco son refugiados, aunque muchos podrían ser solicitantes de refugio. Es difícil catalogarlos, porque en parte son migrantes económicos, también son literalmente desplazados, propiamente son migrantes forzados por las circunstancias y la vida (Bernardi, 2019; González, 2015).

A diferencia de los migrantes de fines del siglo XX, los que se suben a La Bestia no tienen recursos, viven a salto de mata, duermen a la intemperie, piden limosna o trabajan solo unos días para luego retomar el camino, se refugian en las casas de migrantes para comer, bañarse y cambiar unos zapatos destrozados, muchas veces no saben a qué lugar se dirigen, solo saben que van al norte. Tampoco tienen mayor capital social, quizá algún contacto, un número de teléfono. En los trenes de carga viajaban hombres, mujeres y niños, incluso lisios. Son cientos los que sufrieron accidentes graves, la mayoría de las veces amputaciones de pies o manos al caer del tren (Bernardi, 2019).

Una vez controlado el tráfico de migrantes en los trenes de carga surgieron las caravanas centroamericanas. Primero con representaciones y *performance* de tipo religioso (Vía Crucis) y luego como caravanas masivas donde caminan hombres, mujeres, niños y familias enteras que transitan juntos, dan la cara y demandan solidaridad ante una situación de crisis humanitaria y política. No piden permiso a los Gobiernos, conocen sus derechos individuales y sociales, marchan de manera compacta y organizada y han logrado la atención

de los medios. Es quizá el primer y gran contraste con la migración clandestina, de migrantes que se ocultaban y evadían los controles (Gandini *et al.*, 2020).

El caso de los migrantes haitianos es de un tipo de desarraigo diferente. Para muchos de ellos el detonador de la trayectoria migratoria fue el terrible terremoto de 2010, que devastó a un país ya de por sí arrasado. Muchos optaron por dirigirse a Brasil, que requería mano de obra para el mundial de 2014 y las olimpiadas de 2016; también a Chile. Se dirigían primero a Ecuador, que no requería de visa y de ahí por tierra a Perú y la selva amazónica en la triple frontera entre Bolivia, Perú y Brasil, en el río Acre, un periplo impresionante. Pero después de trabajar varios años no se arraigan en Brasil, tampoco en Chile (Días de Jesús, 2019). Y una década después retornan, vuelven a atravesar el continente entero en sentido inverso, con la ilusión vana de poder llegar e ingresar a Estados Unidos. Un caso dramático de desarraigo continental colectivo, donde miles de migrantes no encuentran un lugar adecuado para quedarse, pues a dónde quieren llegar no los reciben.

La perspectiva del desarraigo

Hemos llamado “desarraigados” a los migrantes que perdieron los anclajes esenciales que los fijaban en su lugar de origen. Son campesinos sin tierra o con tierra sin valor, que perdieron o les expropiaron lo esencial: la relación con la tierra, el arraigo al terruño. Son indígenas que ya no le encuentran sentido a la comunidad, a la propiedad comunal, los sistemas de reciprocidad, cargos, cofradías, obligaciones comunitarias y eternos rituales. Son pobladores de grandes o pequeñas ciudades donde no se sienten seguros, donde la noche y la oscuridad son un riesgo, donde el miedo campea desde el amanecer y la angustia por encontrar o perder el trabajo es una constante (Durand, 2015).

Son migrantes para quienes la nación de origen ya no tiene sentido, solo les aportó sinsabores, educación deficiente, servicios de salud limitados y trabajos precarios. Son migrantes donde, ni siquiera la *matria*, el terruño, los acoge y protege. Donde el rescoldo del hogar

se apagó. Son migrantes que dejaron todo, porque en realidad no tenían nada. Nada que perder. Quizá algo que ganar (Cantor, 2014).

Según Peñalosa (2018), hay personas que los mismos migrantes llaman “hijos del tren”, que se ven enganchados a La Bestia y se dedican a viajar por meses o años, su estilo de vida es vagar de ciudad en ciudad, sin destino concreto. En algunos casos forman grupos y se ayudan y cuidan entre ellos, como los que están no solo enganchados al tren, sino a las drogas; otros son personajes solitarios que literalmente no tienen dónde ir o más bien dónde quedarse. En la ruta encuentran la manera de sobrevivir en el día a día, viven un doble desarraigo: de su familia y país de origen, y del país por el que transitan, donde no encuentran un lugar para quedarse, para arraigarse y si los deportan vuelven otra vez a retomar el camino.

En la década de 1980 señalamos que había un tipo de migrante al que llamábamos “recurrente”, que había hecho más de tres viajes a Estados Unidos (Massey *et al.*, 1987). Ese migrante ya no existe, la política migratoria de desgaste (*attrition*) encarcela, deporta y persigue a los migrantes recurrentes y muchos de los que vienen de otros países se quedan atrapados en México, sin poder volver a su lugar de origen y sin poder llegar al lugar de destino en Estados Unidos, donde su marca de identidad es ser nadie.

Uno de esos migrantes afirma: “Muchos que somos deportados, no tenemos una referencia, sobre trabajos, estudios, sobre bancos, o sea eres como nadie, ¿no?, cómo, cómo voy para allá [a Guatemala], ¿cómo nada!”. Según la entrevistadora no solo perdieron todo al emprender la ruta migrante, tampoco adquirieron nada: “Es como esta silla, verdad, te puedes sentar y todo ¿verdad?, ¡pero no es tuya!”. Y le pregunta la entrevistadora: “¿Lograste algún patrimonio en Estados Unidos?”, “fíjate que el único patrimonio que tuve son mis dos hijos [risas por parte del entrevistado]” (Peñalosa, 2018, p. 189).

También es el caso de muchos solicitantes de refugio que no pudieron concluir su proceso, asistir a las citas o terminar el trámite

y se quedan en la indefensión. Sin poder regresar a su país, sin poder llegar o quedarse en Estados Unidos. A estos migrantes se les ha calificado como “atrapados en la movilidad” (FM4 Paso Libre, 2018). Se trata de una población errante cada vez más numerosa y, en lo que se refiere a ellos, las políticas públicas están ausentes. No obstante, son las casas de migrantes y organizaciones religiosas y de la sociedad civil las que entran en contacto diario con estas personas en movilidad.

No solo son los migrantes en tránsito y en el lugar de destino los que se sienten desarraigados, también los que son deportados, especialmente cuando han vivido muchos años en un país de destino. Este testimonio del Proyecto Humanizando la Deportación pone en evidencia el drama de muchos deportados, incluso en el caso de algunos que consideraban que estaban integrados, pero se toparon con la política migratoria del desarraigo:

La razón de estos regresos fue mi familia; ellos están allá, mis hijos están allá, no tengo razón para estar acá en Tijuana o en México... sí estuvo mal que me deportara una y otra vez, también estuvo mal que me aceptaran una y otra vez de regreso. Yo seguí regresando porque ellos me seguían deportando... me siento profundamente agraviado. No tengo más que amor por los Estados Unidos; crecí de ese lado, mi amor, mi país, mi corazón están allá. (Jaúregui, narrativa digital nro. 6, 2017)

Según Jacques Ramírez (2018), esta fase del modelo neoliberal se caracteriza:

Por impulsar y practicar la xenofobia, el racismo y la aporofobia, lo cual en temas migratorios se concreta en incremento de la deportación, judicialización de la migración, expulsión, confinamiento, muros, extorsiones, secuestros, desapariciones, tortura y muerte. En otras palabras: presenciamos necropolíticas migratorias. (p. 22)

Es el propio sistema el que fomenta el desarraigo, te expulsa del lugar de origen y te repelen en el lugar de destino. Es a partir del cambio de política migratoria y hacerse represiva cuando en Estados Unidos que se empiezan a contar los muertos (Feldmann & Durand, 2008).

Hay muchas formas y niveles de desarraigo, y muchas personas desarraigadas. Pero la literatura ha enfatizado el lado de la integración, sea de la manera tradicional o desde la perspectiva “transnacional”, como aquellos que mantienen vínculos efectivos y frecuentes con su lugar de origen. Dos perspectivas de análisis totalmente válidas, pero que dejan de lado a muchas personas migrantes, que viven en condiciones de aislamiento social y cultural, que sobreviven económicamente porque son funcionales al mercado de trabajo, pero con muy pocas posibilidades de integración y movilidad social.

La perspectiva del desarraigo prioriza el análisis de los factores disruptivos del migrante, en el sentido de ruptura, que modifica y transforma los cánones establecidos. El migrante es fundamentalmente persona y por su condición de emigrante no es ciudadano, más bien, es ciudadano de otro país. Como persona arrasa con las fronteras por derecho propio; como ciudadano de un estado diferente al de destino, se ve limitado, frenado, constreñido a los cánones de un estado nación diferente al suyo. Vive coartado entre las fronteras visibles e invisibles de la raza, etnia, clase, género, lengua y religión, a la que se suma otra diferencia: la nacionalidad.

El término desarraigo lleva el prefijo “des” que denota negación o inversión del significado. Una de sus acepciones en el diccionario es la de separar a alguien del lugar o medio donde se ha criado o cortar los vínculos afectivos que tiene con ellos. Otra definición se refiere al proceso y el resultado de desarraigar: extraer una planta de raíz, expulsar o alejar a alguien de su lugar de origen. Términos similares han sido utilizados en numerosas ocasiones y por muy diferentes autores para referirse a los migrantes como: desheredados, desoblidados, desahuciados, desterrados, desplazados, desadaptados, desapegados, desalojados. Con la categoría de desarraigo quisiera englobar todos estos términos, utilizados por otros colegas y proponer y recuperar una perspectiva de análisis que se enfoque en esta dirección, en aportar luz a los que viven en las sombras.

La literatura sobre migración ha discutido por más de un siglo la temática de la integración y asimilación. Desde el planteamiento original del llamado *melting pot*, la propuesta de Park y Burgges de adaptación y asimilación (Hirschman, 1983), hasta versiones más recientes que consideran replantear esta posibilidad dada las crecientes dificultades de los migrantes para integrarse y adaptarse (Jacoby, 2004). Asimismo, autores como Portes y Zhou (1993) han destacado los límites de este proceso y los han calificado como “asimilación segmentada”. Lo que proponemos, como sugiere Wright Mills (1961), es replantear el tema utilizando los antónimos, es decir, pensar los procesos como des-integración y des-asimilación, como migrantes desintegrados y desasimilados, a los que propongo llamar desarraigados.

Figura 2

Rumbo al norte en el lomo de La Bestia



Llevamos más de un siglo hablando de la integración de los migrantes y veinte años enfatizando una manera peculiar de integrarse manteniendo los vínculos “transnacionales” de los migrantes con sus familias y el lugar de origen, destacando la relevancia que tiene la tec-

nología para las relaciones personales facilitadas por la comunicación, inmediatez y acceso a estas tecnologías.

Por lo que interesa ver hacia otro lado, al drama de la separación de familias que no pueden abrazarse, besarse, acariciarse, por más que hablen y se vean en un celular. Preocupa que los abogados de migrantes no hayan podido encontrar el rastro de 545 niños que fueron separados por las políticas de Donald Trump, que fueron desgarrados de sus padres que solicitaban asilo y que viven en desarraigo forzado en familias sustitutas. Perturban las consecuencias de una política migratoria, donde el 70 % de los migrantes indocumentados, que viven y trabajan honradamente, no haya podido regresar a su lugar de origen en 15 años o más, a ver su familia, enterrar a sus padres, reintegrarse con sus hijos después de años o décadas y restablecer sus vínculos.

Conclusiones

Hay muchas formas y niveles de desarraigo, tantas como formas y niveles de integración existen, y en este artículo hemos tratado de señalar algunas. Este otro lado de la integración, se ha tornado mucho más sombrío en el siglo XXI. Y para retomar un lugar común, ya no se trata del sueño americano, sino que para muchos es una pesadilla. Pero es ahí donde radican los problemas, dilemas, desajustes, traumas contradicciones y posibles soluciones y reajustes a las políticas migratorias, políticas públicas en general y diferentes acciones y proyectos de la sociedad civil y organizaciones religiosas, sobre y para las personas migrantes.

El desarraigo migrante es una situación de extrañamiento del migrante consigo mismo, es un proceso de pérdida gradual de identidad; de distanciamiento del lugar de origen y de no sentirse reconocido en el lugar de destino, de no ser ni de aquí, ni de allá; es la ausencia, imposibilidad o limitación para poder integrarse. Recurriendo a los clásicos Marx, Hegel, Rousseau y otros, es el proceso de alienación que se da en la compra e importación de la mano de obra, de braseros y no de

personas; es el extramiento del migrante con respecto a sí mismo y su identidad; es la limitación e imposibilidad de convertirse en ciudadano.

En síntesis, es una falta de reconocimiento por el otro y la sociedad, como dirían Honnet (1997) y Taylor (1996) al retomar la idea primigenia de Hegel de la “lucha por el reconocimiento”. En ese sentido, la teoría del reconocimiento planteada por estos autores nos permite salir de las sombras y de un planteamiento un tanto pesimista, a pesar de ser auténticamente realista.

Aventurando una definición diría que el desarraigo es un proceso de distanciamiento, extrañamiento, ruptura con anclajes esenciales, de pérdida de identidad, falta de integración y ausencia de reconocimiento por parte del otro y la sociedad. Es la alienación que acompaña al migrante con respecto a sí mismo, a su lugar de origen, al país de destino o al lugar donde retorna.

El desarraigo es una categoría adecuada para analizar el nivel micro, estudios de caso donde afloran las emociones, sentimientos, desgarramientos y rupturas personales y familiares del migrante; permite, a nivel meso, profundizar en grupos y colectivos de migrantes con características particulares, y posibilita desentrañar los intrincados recovecos de las políticas migratorias a nivel macro.

La perspectiva del desarraigo permite analizar la trayectoria migratoria a lo largo de todo el proceso, que se inicia en el lugar de origen, prosigue durante un tránsito cada vez más complejo y peligroso, tiene especial relevancia en la lucha del migrante para insertarse en el lugar de destino y también permite ver las condiciones de un doble desarraigo con la deportación o el retorno al lugar de origen.

El desarraigo como perspectiva de análisis nos podrá aportar luz para entender y comprender a los que viven en las sombras, también para fijar una posición y proponer soluciones y una salida al drama cotidiano de la falta de reconocimiento, cada vez más presente en el siglo XXI y con dimensiones globales.

Referencias bibliográficas

- Achotegui, J. (2008). Duelo migratorio extremo: el síndrome del inmigrante con estrés crónico y múltiple (síndrome de Ulises). *Avances en Salud Mental Relacional*, 7(1), 15-25.
- Achotegui, J. (2018). *La inteligencia migratoria: manual para inmigrantes en dificultades*. Ned Ediciones.
- Anderson, N. (1998). *On hobos and homelessness*. University of Chicago Press.
- Arias, P. (2009). *Del arraigo a la diáspora: dilemas de la familia rural*. Universidad de Guadalajara.
- Arias, P., & Durand, J. (2008). *Mexicanos en Chicago: el diario de campo de Robert Redfield*. Miguel Ángel Porrúa.
- Bernardi, C. (2019). La travesía de migrantes centroamericanos en su camino hacia la frontera de México y los Estados Unidos. *Ética & Cine*, 9(1), 9-18.
- Beserra, B. (2005). From Brazilians to Latinos? Racialization and Latinidad in the making of Brazilian carnival in Los Angeles. *Latino Studies*, 3(1), 53-75.
- Cantor, D. J. (2014). The new wave: forced displacement caused by organized crime in Central America and Mexico. *Refugee Survey Quarterly*, 33(3), 34-68.
- Cárdenas, M., & Alarcón, R. (2017). Historias de vida de deportados, centroamericanos en tránsito y solicitantes de asilo en Casa del Migrante de Tijuana (2013-2016). En VV. AA., *Vidas en vilo: historias y testimonios de migrantes internacionales* (pp. 101-230). ILCSA. <https://bit.ly/3wpcirK>
- Cebulko, K. (2018). Privilege without papers: Intersecting inequalities among 1.5-generation Brazilians in Massachusetts. *Ethnicities*, 18(2), 225-241.
- Días de Jesús, A. (2019). Fronteiras e atravessamentos: experiências migratórias de haitianos em Tijuana, México. *Formação*, 26(49), 85-105.
- Durand, J. (1986). *Los obreros de Río Grande*. El Colegio de Michoacán AC.
- Durand, J. (2011). Ethnic capital and relay migration: New and old migratory patterns in Latin America. *Migraciones Internacionales*, 6(1), 61-91.
- Durand, J. (2015, 17 de mayo). Los desarraigados. *La Jornada*. <https://bit.ly/3AdyYwg>
- Durand, J. (2016). El subsistema migratorio norteamericano. En C. Heredia Zubieta (coord.), *El sistema migratorio mesoamericano* (pp. 23-59). El Colef; CIDE.

- Durand, J., & Massey, D. (1995). *Miracles on the border: Retablos of Mexican migrants to the United States*. University of Arizona Press.
- Engels, F., & Marx, K. (2004). *Manifiesto comunista*. AKAL.
- Fathali, H. (2013). The American DREAM: DACA, DREAMers, and comprehensive immigration reform. *Seattle University Law Review*, 37, 221-240.
- Feldmann, A., & Durand, J. (2008). Mortandad en la frontera. *Migración y Desarrollo*, 10, 11-35.
- FM4 Paso Libre. (2018). *Atrapados en la movilidad: nuevas dinámicas de la movilidad y el refugio en México*. <https://bit.ly/2TxdRT3>
- Freire, F. (2013). *Migrantes extracontinentales en América del Sur: estudio de casos* (Cuadernos migratorios nro. 5). OIM. <https://bit.ly/3QQJHUn>
- Gaborit, M., Zetino, M., Brioso, L., & García, J. (2017). Internados en el laberinto: El Salvador y su migración irregular. *Estudios Centroamericanos*, 72(749), 133-164.
- Gandini, L. (2019). El éxodo venezolano: migración en contextos de crisis y respuestas de los países latinoamericanos. En L. Gandini, F. Lozano & V. Prieto (coords.), *Crisis y migración de población venezolana: entre la desprotección y la seguridad jurídica en Latinoamérica*. UNAM.
- Gandini, L., Fernández de la Reguera, A., & Narváez Gutiérrez, J. C. (2020). *Caravanas*. UNAM; Secretaría de Desarrollo Institucional.
- Glick Schiller, N. (1999). Transmigrants and Nation-States: Something Old and Something New in the US Immigrant Experience. En C. Hirschman, P. Kasinitz & J. DeWindp (eds.), *The Handbook of International Migration: The American Experience* (pp. 94-119). Russell Sage Foundation.
- González, E. (2015). Crisis humanitaria, violencia criminal y desplazamiento forzado en el Triángulo Norte de Centroamérica. *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*, (122-123), 91-133.
- Hirschman, C. (1983). América's melting pot reconsidered. *Annual Review of sociology*, 9(1), 397-423.
- Honnett, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento*. Crítica.
- Jacoby, T. (2004). What It Means to Be American in the 21st Century. En T. Jacoby (ed.), *Reinventing the melting pot: The new immigrants and what it means to be American* (pp. 293-314). Basic Books; Hachette Book Group.
- Levitt, P. (2010). Transnationalism. En S. Mcloughlin & K. Knott (eds.), *Diasporas: Concepts, Intersections, Identities* (pp. 39-44). Zed Books.

- Lorenzen, M. (2017). The mixed motives of unaccompanied child migrants from Central América's Northern Triangle. *Journal on Migration and Human Security*, 5(4), 744-767.
- Luiselli, V., & Anderson, J. L. (2017). *Los niños perdidos (un ensayo en cuarenta preguntas)*. Sexto Piso.
- Massey, D. S., Durand, J., & Malone, N. J. (2002). *Beyond smoke and mirrors: Mexican immigration in an era of economic integration*. Russell Sage Foundation.
- Mediavilla, H., & Mabanckou, A. (2013). *SAPÉ*. Intervalles.
- Passel, J. S. (2005). *Unauthorized migrants: Numbers and characteristics*. Pew Hispanic Center.
- Passel, J. S., D'Vera, C., & González, A. (2012). *Net migration from Mexico falls to zero--and perhaps less*. Pew Hispanic Center.
- Peñaloza, N. (2018). *Violencia, identidad y recomposición social en el sueño americano: el transmigrante centroamericano en la zona metropolitana de Guadalajara* [Tesis de pregrado]. Universidad de Guadalajara.
- Portes, A. (2003). Conclusion: Theoretical convergences and empirical evidence in the study of immigrant transnationalism. *International Migration Review*, 37(3), 874-892.
- Portes, A., & Zhou, M. (1993). The new second generation: Segmented assimilation and its variants. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 530(1), 74-96.
- Ramírez, J., Linares, Y., & Useche, E. (2019). (Geo)políticas migratorias, inserción laboral y xenofobia: migrantes venezolanos en Ecuador. En C. Blouin (coord.), *Después de la llegada: realidades de la migración venezolana* (pp. 103-128). Themis; PUCP.
- Sayad, A. (2018). *The suffering of the immigrant*. John Wiley & Sons.
- Takenaka, A. (1999). Transnational community and its ethnic consequences: The return migration and the transformation of ethnicity of Japanese Peruvians. *American Behavioral Scientist*, 42(9), 1459-1474.
- Taylor, C. (1996). *Identidad y reconocimiento*. FCE.
- Telles, E., & Ortiz, V. (2011). *Generaciones excluidas: mexicano-estadounidenses, asimilación y raza*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Thompson, A., Torres, R. M., Swanson, K., Blue, S. A., & Hernández, O. M. (2019). Re-conceptualising agency in migrant children from Central America and Mexico. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 45(2), 235-252.
- Vargas, J. A. (2018). *Dear America: Notes of an undocumented citizen*. Harper Collins.

- Warren, R., & Kerwin, D. (2017). A statistical and demographic profile of the US temporary protected status populations from El Salvador, Honduras, and Haiti. *Journal on Migration and Human Security*, 5(3), 577-592.
- Wright Mills, C. (1961). *La imaginación sociológica*. FCE.